

El Cuaderno de recuerdos

En un pequeño pueblecito rodeado de colinas y campos de lavanda vivían los abuelos de Martina, se llamaban Pedro y Ana y cada viernes por la tarde, desde que Martina aprendió a andar, iba a pasar el fin de semana con ellos.

Los padres de Martina eran médicos y hacían guardias los fines de semana. Martina disfrutaba cada minuto de sus abuelos.

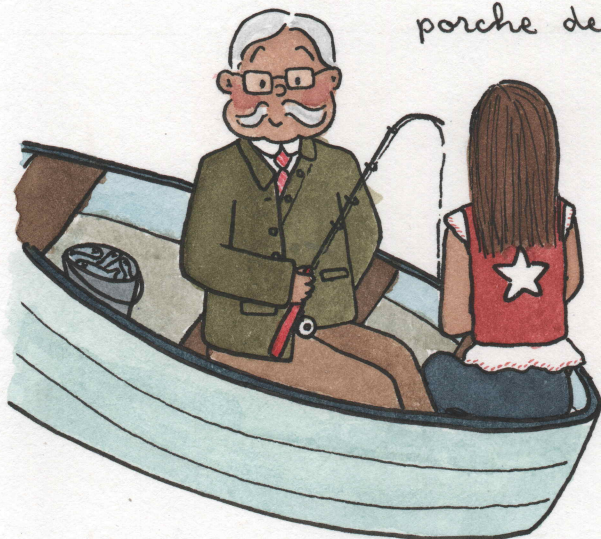
Acompañaba a su abuela a la compra, que era una gran cocinera. Le había enseñado a hacer bizcochos y todo tipo de pastres deliciosos.



Con su abuelo Pedro escuchaba música. Le encantaba oír sus discos una y otra vez en el viejo tocadiscos del salón, así Martina aprendió a diferenciar la música de los sesenta, de los setenta y de los ochenta, que eran las canciones favoritas de su abuelo. El abuelo tenía mucho oído, era capaz de puntear con la guitarra cualquier canción con sólo oír un par de veces. Martina las cantaba con él y se esforzaba en traducirlas siempre que su abuelo se lo pedía.

Todos los sábados, si el tiempo lo permitía, iban al lago a pescar. La mayor parte de las veces lo hacían en la barca de su abuelo. Había días que reían sin parar, cuando su abuelo le contaba anécdotas de cuando era pequeño, o cuando Martina le hablaba de sus compañeros de clase y de las cosas que hacía entre semana. Otros días, por el contrario, estaban en silencio disfrutando del paisaje y de su compañía.

Por las tardes, al caer el sol, la abuela les esperaba en el porche de la gran casa de madera para merendar juntos.



El otoño en que Martina cumplió 12 años, comenzó a notar que su abuelo estaba algo extraño. Tenía pequeños despistes, a veces se ponía el abrigo al revés, otras, dejaba su merienda en la mesa y olvidaba comérsela o no recordaba los peces que habían cogido el día anterior.

Martina estaba muy preocupada, pero cuando se lo decía a su abuelo, él le restaba importancia gastándole alguna broma.

Una noche, mientras estaba intentando dormir, escuchó una conversación entre sus padres y la abuela. La abuela estaba llorando y susurraba palabras como olvidas, cambios, memoria...

De repente, Martina escuchó la palabra Alzheimer, una enfermedad que afecta al cerebro y provoca que poco a poco sea más difícil recordar cosas, realizar actividades del día a día, o reconocer a tus seres queridos. Aunque el abuelo Pedro se olvidara de su nombre, el amor que sentía por su nieta Martina siempre seguiría en su corazón.

Martina, tras mucho pensar, se dijo que aunque su abuelo estuviera así, ella lo acompañaría igual que él había estado siempre presente cuando ella era pequeña.



Con sus ahorros, compró un cuaderno precioso, de tapa dura y una cámara de fotos instantánea y empezó a hacer a su abuelo un diario donde dejaba reflejados recuerdos de cada plan que hacían los fines de semana. A diario, dibujaba a su abuelo pintando un pez enorme, pegaba fotos de ambos y de la abuela, escribía la letra de algunas de sus canciones favoritas...

Los meses fueron pasando y, aunque la enfermedad avanzaba y había días que Pedro no recordaba ni quien era, a veces tenía momentos en los que todo volvía a su mente. Para Martina esos instantes de luz eran muy importantes, aprovechaba para abrazarle fuerte como cuando era pequeña. Ni un solo día el abuelo dejó de sonreír a Martina, aunque ya no supiera su nombre.

Para la abuela, las visitas de Martina eran de gran ayuda. Martina siempre les alegraba con sus bromas, la música, y Ana siempre tenía tiempo para ayudarle con su cuaderno.



Con el tiempo ese cuaderno se convirtió en un gran tesoro de risas, canciones, paseos y recetas de bizcocho.

Para Martina, la memoria de su abuelo seguía viva en cada recuerdo que ella tenía y guardaba todo lo que habían vivido juntos en su corazón.